



LA CONFIANZA EN DIOS

A mi muy querida sobrinita la niña doña María Mercedes Corzo y Príncipe, que desde los cuatro años de edad sabe leer correctamente.

I.

París, la bella capital de la Francia, según un gran poeta contemporáneo, es el *corazon de Europa*. Esta expresión, cuyo sentido no podéis comprender por vuestros pocos años, quiere decir que París era antes del cerco, que durante varios meses ha resistido, la ciudad á donde acudían hombres de todas las naciones á instruirse y recrearse, porque encerraba dentro de sí todo cuanto puede hacer agradable la vida y contribuye á ensanchar los horizontes de la inteligencia.

Ciencias, artes, industrias y comercio: museos, academias, ateneos y bibliotecas: magníficos templos, largas calles, anchurosas plazas, vastos edificios, deliciosos jardines, obeliscos, arcos, estatuas y fuentes. La gran variedad de diversiones públicas, el lujo de sus cafés y fondas que hace años se elevaban á mas de 10.000; sus 30000

entre omnibus y carruajes que á mas de una vía férrea atravesaban la población en todos sentidos; los infinitos bazares y tiendas que surtian no solo á la gran ciudad sino á todas las provincias de la Francia y á las demás naciones, como lo prueba entre otras cosas, vuestros juguetes en su mayor parte traídos de allí; la animación, por último, que le daban sus dos millones de habitantes, atraían diariamente á su recinto mas de 40,000 forasteros y hacían de esta capital, no ya la primera ciudad de Europa, sino tal vez la primera del mundo. Por eso yo encuentro justificada la expresión de que antes he hablado, así como la de *Atenas moderna* con que la apellidan otros.

Hoy el aspecto que ofrece es bien distinto por cierto, después de un prolongado y formidable sitio durante el cual un ejército numerosísimo ha arrojado diariamente sobre ella mortíferas bombas; habiendo sufrido sus habitan-

tes y defensores, los rigores del hambre al par que los de la guerra, no hay familia que no vista luto, ni ojos que no lloren la muerte de un padre, de un hijo ó de un esposo.

Odiad la guerra que tantas lágrimas cuesta, odiadla, hijos míos, porque ella es de todas las plagas la mayor que puede caer sobre un pueblo.

En París pues, tan feliz ayer, tan desgraciado hoy, ocurrió el siguiente suceso que tomado de una brevisísima anécdota os presento yo bajo la sencilla forma de un cuento.

II.

Hará como unos 12 años, en una callejuela inmediata al mercado de San Honorato y en el último piso de una viejísima casa habitaba una honrada familia compuesta de padre, madre, y cinco hermanitos.

El padre, simple operario en una de tantas fábricas como existen en París, mantenía con su escaso jornal á sus hijos y esposa. Esta por su parte, merced á su diligencia y cuidado, á su buen manejo en el gobierno de la casa y á lo que ganaba en las tiendas con sus labores, le ayudaba también al sostenimiento de la familia, haciendo que la situación de todos fuese más llevadera.

Debido pues, al trabajo de ambos, los hijos en vez de holgar por las calles, contrayendo funestos hábitos de pereza ó de tener que dedicarse á vender periódicos, fósforos ú otras baratijas para ganarse penosamente el sustento en edad tan temprana, acudían á una escuela gratuita, en la que aprendían á leer y escribir, á conocer los primeros rudimentos de la gramática, de la historia y de la geografía, y

sobre todo los elementos de la religión y de la moral, que son los que forman el corazón del hombre y que vosotros con tanto afán estudiareis. ¿No es cierto hijos míos?

De los hermanitos el mayor contaba ocho años y la más pequeña aun no había cumplido uno. Pero entre todos descollaba, por su gracia y talento una niña rubia como un sol, de ojos dulces y expresivos y más que todos laboriosa y aplicada. Era como vulgarmente suele decirse el ojo derecho de sus padres. Llamábase Genoveva, tenía seis años y todo su afán era llegar á ser grande para ayudar á su mamá en las faenas de la casa. Por eso era querida de todos y por eso yo escribo este cuento en memoria suya y para vuestra enseñanza y recreo.

Un día, la madre de Genoveva cayó enferma á causa del rudo trabajo á que sin descanso se entregaba. Así al menos lo dijo el médico aconsejándola que mudara de aires. Pero si los recursos de su trabajo, juntos con los de su esposo, apenas bastaban para mantener á los hijos ¿cómo habían de poder sufragar los gastos de un viaje? El padre sin embargo, quiso tentar los medios y se puso á trabajar con ahinco de día y de noche, durmiendo solo un par de horas, á fin de hacer algún ahorro y llevar á su mujer á un pueblecillo de las inmediaciones de París, ya que no pudiera ser á otro punto más lejano. Pero todo inútil: además de los gastos que la enfermedad causaba, sobrevino una gran carestía en los comestibles, por malas cosechas y por la aglomeración de forasteros que acudían de todas partes con motivo de las fiestas que el 15 de Agosto se celebraban en recuerdo de Napoleón I.

Así pues, la situación de la familia y con ella la de la enferma se hizo mas y mas precaria.

Pero no paró en esto; como sino fueran bastantes aquellas penalidades, un dia que el padre de Genoveva trabajaba en la fábrica, al ir á ejecutar una de las operaciones propias de su arte, rompióse una de las correas que sujetaban una palanca, la cual cayó sobre el obrero fracturándole un brazo. Llevado por sus compañeros á su casa, figuraos la pena de su pobre mujer y de sus hijos viendo que le entraban ensangrentado y sin conocimiento. Aunque el cirujano dijo que tal vez no perderia el brazo, anunció, sin embargo, que la cura seria muy larga y que habrian de pasar más de dos años hasta que pudiera servirse de él para su trabajo. La madre, al saber tal noticia se agravó en términos que ya no pudo levantarse del lecho en que yacia. Le sobrevino una fiebre violentísima que unida á sus anteriores padecimientos, puso en grave peligro su existencia.

III.

¡Infelices padres! ¡Desgraciados hijos! Los primeros abrasados por la calentura, apenas se daban cuenta del estado en que se hallaban. Su razon extraviada casi por completo, no podia apreciarlo. No así los segundos, que á pesar de su inesperienza infantil adivinaron la miseria que les amenazaba, y mas cuando pasados tres dias y agotadas las últimas provisiones, sintieron los tormentos del hambre.

Los pobrecillos rompieron á llorar y su llanto fué tan amargo, que con dolida una honrada mujer que en la boardilla próxima habitaba, vino por ellos, los llevó á su mezquina vivienda, les

repartió con mano generosa el poco pan que habia comprado para sí, bien escaso por cierto, pero con el cual se quitaba la infeliz de la boca, como suele decirse, el unico alimento que tenia.

Uno de los niños debia quedarse á cuidar de los enfermos, y fué Genoveva quien se prestó á ello con mucha docilidad, no sin habersele antes prometido que se le reservaria un trozo de pan igual al de sus hermanitos. Mientras estos salieron, se hizo ella la siguiente reflexion.

—¿No nos dice continuamente el señor cura, en el Colegio, que cuando queramos algo se lo pidamos á Dios? ¿Qué cuando estemos apesadumbrados confiemos en ÉL? Pues bien; voy á dirigirme á Dios, voy á escribirle una carta, como las que escribe mamá; cabalmente aquí tengo un plieguecillo de papel.

Y dicho y hecho, haciendo letras gordas como puños, escribió una carta cuyo contenido, poco más ó menos, era el siguiente:

«Dios mio: Mis pobrecitos padres están enfermos; dales salud para que puedan trabajar, y pan á mí y á mis hermanitos, que tenemos mucha hambre.—GENOVEVA.»

Escrita la carta le puso este sobre:

«A Dios misericordioso.—En el cielo.»

En esto volvieron sus hermanitos y ella, á pretesto de no darles envidia comiéndose delante de ellos su racion de pan, salió á la escalera, y bajando á la calle sin que ninguno la viese, se fué á una de las casas de Dios: esto es á la iglesia de San Roque.

Una vez allí, ¿á quién entregar la carta? ¿Cómo hacer que llegase á su

destino? Pero nuestra heroína todo lo tenía previsto. En las diversas veces que con su madre oyera misa en la susodicha iglesia, había observado una espaciosa urna muy parecida á las del correo, en donde la gente solía echar papeles y monedas. Aquella urna era, ni más ni menos, el cepillo llamado de los pobres, con dos aberturas, por una de las cuales depositaban los fieles sus limosnas y por la otra sus memoriales y solicitudes los necesitados. La niña ignorante de esto, creyó que era el buzón destinado á recibir las cartas para Dios, y en esta idea quiso echar la que tenía entre sus manos.

Pero no había contado con su exígua estatura ni con que el cepillo se había hecho para mejores mozas que ella. Así fué que al ir á depositar su billete vió con pena que le era imposible conseguirlo. Hizo varias pruebas, ya empujándose sobre las puntas de los pies, ya extendiendo su brazito cuanto era dable, ya haciendo ambas cosas á la par; pero todo inútil.

Mientras iba y venía y rondaba en torno del cepillo y con lágrimas en los ojos miraba defraudados sus proyectos, una desconocida, anciana y noble señora, la observaba atentamente, sin perder el más leve de sus movimientos. Al verla tan afanada, se le acercó y le dijo:

—¿Qué haces, hija mía?

Genoveva se echó á llorar.

—¿Por qué lloras? repitió la desconocida.

Entonces la niña contóle la enfermedad de sus padres, el hambre suya y de sus hermanos, y la carta que había escrito para que Dios los amparase.

—Has hecho bien, le dijo la desconocida, en tener confianza en Dios, y

yo me encargo que sea atendida tu petición. Pero ¿has puesto las señas de tu casa para que te conteste?

—No señora; porque como Dios está en todas partes y lo sabe todo.....

—Eso es cierto, hija mía, pero si el encargado de contestar fuera un ángel, tal vez no sabría tanto.

Convencida Genoveva por tan perentoria razón, dió las señas que se le pedían y volvió corriendo al lado de sus padres, no sin haberla abrazado antes cariñosamente la bondadosa anciana.

Escuso decirlo, hijos míos, que la niña pasó toda la noche pensando en la carta que había escrito y en la respuesta que esperaba.

IV.

Al día siguiente, cuando Genoveva y sus hermanos abrieron la puerta de su habitación, encontraron una cesta llena de toda clase de viandas, con ropas, y algunas monedas. Encima tenía un papel en el que se leían estas palabras: «*Contestacion de Dios.*»

Pocas horas después vino un célebre médico, y habiendo examinado á los enfermos, anunció que su curación aunque lenta, no sería difícil, dados los recursos con que ya contaban, y que tan oportunamente les había dado la señora desconocida de la iglesia de San Roque, pues ella era quien tan generosamente iba en su socorro.

V.

Hoy la niña de mi cuento es una lindísima joven. Sus padres han recobrado ya la salud completamente. Todos se desviven por cuidar á su protectora, que se propone hacer heredera de sus bienes á Genoveva. Huyendo los horrores de la guerra, están en Suiza, y



MÚSICO JUDÍO EN MOGADOR

(MARRUECOS.)

(Copia del natural.)

desde allí bendicen y alaban á Dios que tan clemente y misericordioso ha sido con ellos.

Benedicidle y alabadle vosotros tambien, hijos míos, queredle con todo vuestro corazón, que ÉL os dá cuanto amais, las caricias de vuestros padres, la luz al alma y la vida. Pero si cor-

riendo los años os veis alguna vez atribulados por la desgracia, acordándoos de mi historia, no desesperéis, confiad siempre en Dios, que al par que justiciero es misericordioso; tras la tormenta envía la calma, y jamás abandona á sus criaturas, que como dice un refrán, «Dios aprieta pero no ahoga.»

ENRIQUE PRÍNCIPE Y SATORRES.



LOS ACTOS

(PARÁFRASIS)

INTRODUCCION.

—
 ¡Anhelais que en vuestra mente
 Luzca vivífica llama
 Que de ella aleje y disipe
 Sombras densas, aunque vanas?
 ¡Pretendeis saber en dónde,
 Despues de amargura tanta,
 Puede lograr el espíritu
 De sus combates la palma?
 ¡Quereis conocer qué objetos
 Deben merecer las ansias
 Del amor que en fuego oculto
 Vuestro corazon inflama?
 Pues decid con un acento
 Que del pecho ardiente salga,
 Como la Esposa de Cristo,
 Madre que nunca se engaña.

DE FÉ

—
*Dios mio, ser adorable,
 Creo con toda mi alma
 Que humilde rindo, y con todo
 Mi corazon que á vos clama
 Todo cuanto cree y confiesa
 Con divinas enseñanzas
 La Santa Iglesia Católica,
 Apostólica Romana,
 Porque vos mismo, que sois
 Verdad infalible y santa,
 Vos se lo habeis revelado
 Con inefable palabra.
 Y en esta Fé redentora,
 Que al hombre ilumina y salva,
 Quiero vivir sin dejaros,
 Y quiero morir sin mancha.*

DE ESPERANZA.

—
*Espero, Señor, espero
 Con entera confianza
 Que vos me dareis propicio,
 Por los méritos sin tasa
 De Nuestro Señor y Padre
 Jesucristo, vuestra gracia
 En este misero mundo,
 Valle de dolor y lágrimas.
 Y á más me dareis si observo
 Vuestra santa Ley sagrada
 La excelsa gloria en el otro,
 Felicidad nunca exhausta
 Porque, pródigo y clemente.
 A la humanidad cansada,
 Así lo habeis prometido
 Con promesa soberana,*

DE CARIDAD.

—
*Yo os amo, mi Dios, con todo
 Mi corazon que se abrasa
 Por gozaros, y con todas
 Mis fuerzas en cuanto alcanzan;
 Porque vos sois en piedades
 Tesoro que no se acaba,
 Infinitamente bueno
 Para la flaqueza humana,
 Y digno de ser amado
 Más que los ángeles aman.
 Y amo tambien, Señor mio,
 Cumpliendo ley sacrosanta,
 A mi prójimo y hermano,
 Aun si con el mal me paga,
 Como á mí mismo, por vuestro
 Puro amor que así lo manda.*

ANTONIO ARNAO.



Este perro flaco se quedó sin amo, y los chicos del pueblo le apedreaban y nadie le echaba un mendrugo ni un hueso.

Pero donde hay chicos malos tambien los hay buenos, y Perico y Mariquilla lo son. De ello puede dar informes el perro flaco, que todos los dias vá á la hora de comer, y los dos niños salen y le dan algo, á ver si engorda el pobre perro.

Y su madre los vé con júbilo hacer esa buena obra, y dice:

—Cuando así se compadecen de un animalito, es que tienen buen corazon y no serán capaces nunca de hacer daño á nadie.

LOS JUEGOS INFANTILES

A primera vista podrá parecer á los que lean el epígrafe de este artículo, que la materia en que vamos á ocuparnos es cosa baladí y poco digna de fijar la atención de nadie. El que esto piense no tardará en convencerse de que se halla en un error, en cuanto medite algo sobre ello.

La cuestion de los juegos de la infancia es una de las mas importantes entre las que tienen relacion con los niños y casi nos atrevemos á decir que ejerce una influencia trascenden-

tal, acaso decisiva, en la vida de los hombres.

Que los niños necesitan recreo es cosa que nadie se atreverá á poner en duda. El hombre mismo á pesar de la gravedad de su carácter, de la multitud de sus preocupaciones y hasta de la importancia de sus azares, experimenta la imperiosa necesidad de tener algunas horas de expansion que le permitan refrigerar su espíritu para volver al trabajo con nuevo vigor. El niño cuya imaginacion es mas viva,

cuya inteligencia es menos profunda, y cuyas facultades estan admirablemente dispuestas para olvidar sus pequeños disgustos, con mayor razon necesitará esas horas de alegría y de holgura, que son por decirlo así el descanso del alma, como son las de sueño el descanso del cuerpo.

Pero como de todo se debe sacar partido en la educacion del niño, y de nada es tan fácil sacarlo como de los juegos propios de su edad, á este asunto deben dedicar los padres y maestros una atencion muy preferente.

Si no puede decirse en absoluto que segun hayan sido los juegos de un niño, será su vida de hombre, por lo menos no es exagerado asegurar que aquellos influirán poderosamente en esta.

En primer lugar el que se fije atentamente en el niño durante sus horas de recreo, podrá conocer fácilmente su carácter é inclinaciones, pues cuando su libre albedrío no se halla cohibido por ninguna autoridad, y sus pocos años le libran del deseo de disimular ó fingir, se presentará al observador tal como es naturalmente y pondrá de manifiesto cuáles son sus cualidades cuyo desarrollo conviene alentar, y cuáles sus defectos que es necesario atacar en su oríjen.

Lo primero que llama nuestra atencion al ocuparnos en este asunto es una malísima costumbre, que sin duda por falta de reflexion no deja de estar bastante generalizada.

Suelen los encargados de los niños, y algunas veces sus padres, enviarlos á que los entretengan los criados, para librarse de las molestias que con sus juegos ocasionan, y como los chicos tienen una aficion invencible á

estar en la cocina, esta órden es la que cumplen con mas puntualidad y con mas gusto de todas las que reciben.

Si fuera posible calcular las malas costumbres que en la cocina adquieren los niños, no habria un padre que les permitiera entrar en ella.

Los criados, aunque sean buenos, tienen una educacion poco esmerada, y como los niños aprenden todo lo que ven y repiten todo lo que oyen, el chico que pasa en la cocina la mayor parte del dia tiene mucho adelantado para ser grosero y descortés, y hasta no será difícil que el dia menos pensado sorprenda desagradablemente á sus padres, con algunas de esas voces tan mal sonantes, aun en boca de los carreteros, de cuyo lenguaje parecen formar parte integrante.

Por otra parte los criados cometen faltas que naturalmente desean ocultar á sus amos, y una de dos; ó el niño las denuncia, lo cual además de ser feo, rebaja su carácter y le hace odioso, ó guarda el silencio que le encargan haciéndose en cierto modo cómplice de los que han faltado, y hasta aprendiendo á mentir y engañar á sus padres.

Esto sin contar con que en las conversaciones de los criados no puede menos de aprender muchas cosas que nada importa que ignore.

Además los criados suelen no tener el cuidado que los niños exigen, y á consecuencia de su descuido, no es difícil que estos se den golpes á veces graves, que les produzcan imperfecciones que les duren toda la vida. Y lo más grave es que algunas veces los criados para disimular su falta callan á los padres y encargan á los niños que oculten el accidente sufrido.

Entonces el niño enferma, y como no se conoce la causa de su enfermedad no es fácil curarla, y con frecuencia se hace incurable.

¡Cuántos hombres padecen toda su vida de resultas de una cosa semejante!

¡Cuántos que están enfermos vivirían sanos y robustos si no los hubieran enviado á jugar á la cocina!

Es necesario tambien que los juegos de los niños sean de aquellos que sin fatigar su imaginacion les hagan discurrir un poco, á fin de que insensiblemente se acostumbren á pensar, y aumenten de una manera agradable el caudal de sus conocimientos.

Esos mapas compuestos de piezas que se unen entre sí de un modo ingenioso, conocidos con el nombre de rompe-cabezas, son un juguete muy á propósito.

El niño que se acostumbre á componerlos, no diremos que aprenda geografía, pero sí que adquirirá unas nociones que no se borrarán fácilmente de su imaginacion. Aprenderá la posición que poco más ó menos ocupan en la carta las provincias, retendrá fácilmente la configuración de las naciones y adquirirá una idea ligera de sus límites y estension.

Con estos juegos deben alternar otros, menos reposados y tranquilos, para que su naturaleza se desarrolle y sus miembros adquieran agilidad y

fuerza. En esta clase de juegos es necesario evitar los que por demasiado violentos pueden perjudicar á su salud. Correr, saltar donde no haya peligro y respirar el aire libre, si es posible en el campo, es para los niños sumamente provechoso.

Por supuesto que no se les debe permitir forcejear unos con otros, ni parodiar las corridas de toros, ni las batallas, porque además de que todo esto es ocasionado á desgracias, desarrolla en los niños los instintos más feroces y crueles, que por desgracia hartos motivos tendrán para desarrollarse cuando sean hombres.

Un legislador inglés queria que se prohibiese la venta de sables, escopetas, soldados de plomo y demás juguetes que pudieran inspirar á los niños ideas belicosas.

Nosotros creemos que aquel proyecto era muy exagerado, pero estamos persuadidos de que la idea del personaje á que nos referimos, no podia ser más acertada.

Desde luego el hombre que así pensaba, puede asegurarse que tenia un corazón excelente.

Vamos á concluir. Es imposible dar reglas acerca de los juegos que se deben permitir ó prohibir á los niños, pero creemos de suma importancia llamar la atención de los padres, para que ellos hagan lo que la prudencia les dicte en cada caso particular.

E. ZAMORA Y CABALLERO.



LA GUERRA INFANTIL

CONTADA POR UN VETERANO

(CONTINUACION)

Del jardin de María partió la chispa que habia de prender el fuego, y vean Vds. cómo sucedió:

MARÍA, acercándose llorando á los niños que en seguida formaron corro.

¿Quién es el que ha arrancado las flores en el parterre que yo cuidaba y regaba con tanto cariño? Quien lo haya hecho debe ser muy malo.

FRANCISCO, entrando en el corro y poniéndose delante de María con el mayor descaro.

Yo soy. ¿Y qué tenemos? No me parece que sea un delito haber cogido unas flores que no valen nada, en el jardin de María, para dárselas á Luisa. No hay motivo para llorar tanto. ¡Vaya una desgracia! Pues apenas haces tú ruido por unas flores que no valen dos cuartos. Te van á llamar la niña tonta.

MARÍA, picada.

Pues yo le digo á Vd. que es muy feo cojer lo que es ageno, y destruir un parterre para hacer un ramo de flores que no le pertenecen á Vd. Y en todo caso, podia Vd. pedirme permiso, si queria dar á Luisa unas flores que son mias.

FRANCISCO.

Es claro, y tú, digo Vd. porque Vd. tambien me habla de Vd., y Vd. me hubiese dado cuatro flores mústias, de las más feas..... ¡Bah! ¡Bah! La culpa tengo yo que hablo ya de eso.

MARÍA.

La culpa de todo la tiene Vd., si se-

ñor, por ser un atrevido y un..... No quiero hablar más.

FRANCISCO.

Mejor es para no decir tonterías.

LUISA, abrazando á María y queriendo darle el ramo que le dió Francisco.

Mucho siento, querida María, no haber sabido de donde eran estas flores que me ha dado Francisco; si hubiese sabido que las habia cogido en tu jardin no las habria aceptado; aquí las tienes, y si quieres te acompañaré á componer tu parterre.

FRANCISCO.

Y yo iré tambien, y ya vereis cómo no hay daño ninguno. En cinco minutos soy yo capaz de arreglarlo todo, y dejarlo mucho mejor que estaba.

MARÍA.

No señor, me hará V. el favor de no ir á mi jardin para nada, no tengo necesidad de que Vd. me haga favor ninguno. Luisa se quedará con su ramito, y yo me voy ahora mismo á pedir á mi abuelito que ponga al rededor de mi parterre una empalizada bien alta y espesa para que no puedan entrar los chicos mal educados.

LUISA, deteniendo á MARÍA.

No te enfades María, y no me dejes así. Yo no he tenido la culpa. Seria la primera vez que te disgustaras conmigo, y bien sabe Dios que sin motivo. Vamos, querida María, no me pongas

esa cara tan seria. Francisco es tan aturdido que, sin pensar...

MARÍA.

Francisco es malo, y yo quiero poner mi parterre al abrigo de los que no tienen educacion, de los...

FRANCISCO.

De los qué?... ¿Quiere Vd. decir que la he robado sus ridículas flores? Pues sepa Vd. que las he cogido no se por qué, acaso porque al verlas tan feas creí hacer un favor quitándolas de en medio. ¡Pues no está poco hueca con sus flores y su parterre! Si, si, debe Vd. ponerle una tápia bien alta, no para que no se puedan cojer las flores sino para que no se vea cosa tan raquí-tica y fea. Y en la tapia estará bien un letrero que diga:—«Aquí está el parterre famoso de una famosa tonta de capirote.»

MARÍA, llorando.

Esto es demasiado.... Me insulta delante de todos, y nadie sale á mi defensa. ¡Abuelito! ¡Abuelito!

Llorando amargamente se aleja, y LUISA la sigue procurando consolarla.

III.

DECLARACION DE GUERRA.

Quédanse los niños solos y se miran en silencio, pero es fácil conocer en la actitud de cada uno que la tempestad vá á estallar.

JORJE, ROBERTO y CARLITOS se dirijen á FRANCISCO, diciéndole:

- Has hecho llorar á María.
- Nos la has de pagar.
- Eres un pillo.

ENRIQUE.

Yo no diré tanto, pero sí que no tienes vergüenza cuando tienes gusto en hacer llorar á una pobre niña.

FRANCISCO.

¿Todos os volveis contra mí?

ENRIQUE.

Has hecho muy mal en arrancar las flores del jardin de María, y luego.....

FRANCISCO.

¿Y luego qué?....

ENRIQUE.

Has hecho peor en hacerla llorar y llamarla tonta de capirote.

JORJE.

Lo que vas á hacer en seguida es ir á pedir perdon á María.

FRANCISCO.

Yo no tengo por qué pedir perdon á nadie, y sois unos cobardes uniéndoos todos contra mí. Rodolfo, Alberto, venios conmigo y tú tambien, Pablo, aunque tu hermano Enrique se vaya con vosotros. Así seremos cuatro contra cuatro. Os declaro la guerra, pipiols.

ENRIQUE á PABLO.

¿Te vas con Francisco?.... Entonces vamos á pelear hermano contra hermano; vente con nosotros.

PABLO á ENRIQUE.

Vente tú á nuestro partido; yo me quedo con Francisco.

FRANCISCO á PABLO, abrazándole.

Tú eres un buen chico y un buen amigo. Quédate conmigo y ya verás cómo somos los más fuertes.

PABLO á FRANCISCO.

Ya lo creo. Enrique siempre quiere que haga yo su gusto, porque él es el mayor. Nada, chico, me quedo contigo, y verás cómo le zurraremos á mi hermano.

FRANCISCO á PABLO, RODOLFO y ALBERTO.

¿Jurais no abandonarme?....

LOS TRES.

Sí lo juramos.

FRANCISCO.

¿Y obedecerme ciegamente?

LOS TRES.

Eso, lo veremos.

FRANCISCO.

Pues bien; vámonos, salgamos de esta casa. Está declarada la guerra.

(Volviéndose á mirar al campo enemigo y levantando la voz.)

La guerra está declarada. Todo el que dentro de cinco minutos se halle fuera de las tapias del parque, será considerado y tratado como enemigo de Francisco Lopez.

Váse gesticulando; PABLO, RODOLFO Y ALBERTO le siguen con aire marcial.

JORGE.

Calma compañeros, dejadlos marchar, que ya veremos luego quien puede mas, Francisco habla mucho y nada mas. Nosotros lo que debemos hacer es prepararnos para resistir los ataques del enemigo y para ir á atacarle á su propio terreno. Que cada cual cumpla su obligacion y respondo de que les vamos á pegar una zurra soberana. ¿Jurais no abandonar las filas y portaros con valor?

ENRIQUE, ROBERTO Y CARLITOS.

Lo juramos.

JORJE.

Vuestra obligacion es obedecerme en todo y por todo.

ENRIQUE.

Eso será segun lo que tú nos mandes.

CARLITOS.

Es claro, segun lo que mandes. A mí siempre me toca hacer lo que quereis vosotros, y yo nunca mando... ¿Cuándo voy á mandar yo?..

JORJE.

Silencio en las filas. Aquí no se trata de cosa de juego, sino de tener union y obediencia y subordinacion y disciplina, como dice el abuelito.

CARLITOS.

¿No te lo decia yo?... Siempre he de hacer lo que se os antoje á vosotros.

JORJE.

Silencio te digo, ó verás como te pesa. Ahora dejad á vuestro general, al general que habeis elegido.

ENRIQUE.

Yo no te he elegido.

CARLITOS.

Ni yo tampoco.

JORGE.

Basta que yo lo diga, y silencio. Dejadme ahora que piense en los cargos que debo dar á cada uno de vosotros. Id. á esperar mis órdenes. Cuando os necesite, os llamaré.

ENRIQUE Y ROBERTO dominados por la severa actitud del general bajan la cabeza y obedecen.

JORJE, sentándose y profundamente reflexivo.

Pues señor, hé tomado á mi cargo una pesada tarea. Mi posicion es muy comprometida. (Viendo á Carlitos que en lugar de seguir á los demás, se ha quedado detrás de él.) ¿Qué haces tú ahí?... ¿Estás espiando á tu general?... Fuera de aquí ó te mando fusilar.

CARLITOS.

Perdone Vd., mi general, ya me voy. Me parece que si echas esos humos, nos vamos á tener que sublevar contra tí.

JORJE..

Aguarda, que te voy á partir de un sablazo. (Carlitos echa á correr.) ¡Pobre chico! Como no tiene nada en que pensar, está tan alegre y de buen humor... Pero, ¿qué veo?... El enemigo avanza, no hay duda! Quiere sorprendernos... Pero no lo conseguirá. ¡A las armas! ¡á las armas! ¡á las armas!...

(Se continuará.)



LAS DOS MADRES

—Señora, buena señora,
una limosna por Dios,
y ÉL vaya en su compañía
y le dé su bendición.
Madre soy y el hijo mio
sin padre, al nacer, quedó.
Trabajar quiero, y no puedo.....
Tengo mal de corazon.....
Por la salud de ese niño,
de vuestra existencia sol,

señora, buena señora,
una limosna por Dios.
—Mamá, nos pide limosna
—Si, niña, á dársela voy.
—Señora, Dios se lo premie.
¿Oro me da usted?... ¡Oh! no,
no quiero tanto... con menos
por muy contenta me doy.
—Tómelo usted; la riqueza
no tiene empleo mejor

que socorrer á los pobres,
que nuestros hermanos son.

—Señora, buena señora,
bendiga á esa niña Dios.

—Dí, mamá...

—!Qué quieres, niña?...

—¿Y nada le daré yo?...

Dinero no tengo, pero...

¿no dices que hermana soy
de los niños pobres?...

—Sí.

—Pues ya que dinero no,
yo quiero dar á ese niño
un beso.

—Es mucho mejor,

angel mio, que eso prueba
cuán tierno es tu corazon.

—Es mi hermanito, y le quiero.

—Dios os bendiga á los dos.

—
Y alzó la dama en sus brazos
á la niña, y con amor,
ésta en la megilla pálida
al niño un beso le dió.

Y lloraron las dos madres
llenas de dulce emocion,
y la mendiga á la dama
dijo con trémula voz:

—¡Qué placer siento, señora,
en medio de mi dolor!...

C. FRONTAURA

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS

D. Alejandro Olivan, fué en su juventud oficial de Artillería, sirviendo en parte de la guerra de la independencia.

Dedicóse á los estudios clásicos ó idiomas sabios, así como á las ciencias físicas y naturales.

Diputado desde 1836 y senador desde 1840, alcanzó frecuentemente en ambas cámaras el encargo de redactar las contestaciones á los discursos de la Corona.

Ha escrito un tratado de la *Administracion pública con relacion á España*, que ha servido de texto en la enseñanza, el *Manual de Agricultura*, premiado en concurso público, la *Car-*

tilla agraria, la *Aritmética fácil*, y un *Manual de economía Política*.

Ha sido Presidente del Real Consejo de Instrucion pública, Vice-presidente del de Agricultura, industria y comercio, y Vice-presidente tambien de la Junta general de Estadística.

Pertenece á las Academias españolas de San Fernando, y de Ciencias morales y políticas. Es corresponsal del Instituto egipcio, y de varias corporaciones económicas y literarias.

Este notable escritor posee vastísima erudicion, y todas sus obras son de innegable utilidad, y merecen el aprecio en que se las tiene en España y en el extranjero.

La envidia es quien primero atisba el mérito: la ruindad no le permite tolerarlo.

El crédito se gana mereciéndolo.

Las ideas cuyo reinado ha de ser duro, no se esparcen con la impetuosidad de los torrentes; penetran por lentas y constantes filtraciones.

El estudio de las lenguas muertas enseña a pensar; el de las vivas, a hablar.

El pauperismo conduce al embrutecimiento. — La caridad atenúa la plaga; el trabajo la cura.

Procurar que el trabajo prospere, es la política grande de los gobiernos.

Al ofendido se le teme; y si no sabe hacerse temer, se le desprecia.

Muchos hombres tienen dos doctrinas: una para combatir la opresión que sufren; y otra para cohonestar la opresión que ejercen.

El calor del que habla no arguye razón, sino persuasión de tenerla, o empeño de aparentarla.

Alejandro Olivan





EL RAMO BENDITO

A LOS SEÑORES SUSCRITORES

Termina en este número el primer año de Los Niños, y en el próximo mes comenzaremos el segundo con mas fé, si cabe, con mas inquebrantable propósito de dedicar toda nuestra actividad á esta empresa en que, solo con la ayuda del público, estamos empeñados.

Al suplicar á nuestros queridos suscritores, cuyo abono termina en este mes, que lo renueven, tenemos suma complacencia en anunciarles que la existencia de esta publicacion está completamente asegurada, y que los dos tomos del año 1871 serán verdaderamente notables por las materias que contendrán escojidiísimas y de los primeros escritores, y por la parte artística encomendada á Ortego, Padró, Gimenez, Capúz y Burgos.

La suscripcion á Los Niños cuesta 12 rs. tres meses, 22 seis y 40 año, en Madrid; 15, 28 y 50 respectivamente en provincias.

En Ultramar fijan el precio los Agentes.

La Direccion está en Madrid, Calle de las Huertas, 40.